

Seguro que durante esta Navidad, habrás contemplado el pesebre ininidad de ocasiones. Y rezado, meditado y suplicado al buen Jesús solo o en familia. Fijado la atención en ese Niño Dios que ha venido a salvarnos. Y experimentado en tu corazón su Amor. Y comprendido que, hay que aprender a mirar con ojos de amor. Mirar como el sol se pone por la mañana, la sonrisa de tu hijo, el trabajo bien hecho, el vuelo de un pájaro, la mano tendida de un mendigo en la esquina de tu casa... pero, sobre todo, mirar aquello que a simple vista es difícil de ver porque las prisas, el estrés incesante, ese "no tengo tiempo para nada", impide que nuestra mirada sea un mirar contemplativo que interiorice lo que la vista observa y el corazón abraza.

Cuando la paz no anida en el corazón es imposible que el hombre pueda dar amor, ser comprensivo con los demás, mirar con una mirada de entrega. Y, así, surgen las desconfianzas, los conflictos, las discusiones, los malos entendidos...

Si nuestra vida avanza tan rápido que es imposible detenerse brevemente a mirar lo que gira a nuestro alrededor, tampoco será posible pararse a escuchar a ese Dios que está pegando a la puerta de nuestro corazón y no le oímos.

Hoy, me he parado y he rezado junto a Él en el portal y he visto lo egoísta que soy. Y me ha enseñado a mirar lo que anida en mi corazón, para crecer en el amor y en la fe, a detenerme en aquellos detalles que debo mejorar, a mirar con ojos renovados a los demás, a fijar mi mirada en el que sufre y necesita de amor y perdón, a mirar con dulce compasión al que busca consuelo y paz, a mirar con generosidad al que busca mi consejo y ayuda, a mirar con nitidez más allá de las apariencias... y mirar con humildad a quien me tiene que corregir.

Y ese pequeñajo, es el mismo Hijo de Dios, que años más tarde curará en las aldeas de Galilea los ojos de los ciegos que viven en las tinieblas y la oscuridad. O lo que es lo mismo, mi propia ceguera espiritual. Por eso hoy, a pocos

días de que la Navidad llegue a su fin, elevo mi mirada al cielo e invoco al Dios creador para que, alegre por la presencia de su Hijo en mi corazón, mi mirada se impregne de su luz para que ilumine mi camino y la senda de los que andan junto a mí en ese peregrinaje hermoso que es la vida con Jesús viviendo en nuestro corazón.

¡Padre de bondad, cambia mi mirada; convierte mi corazón para que sea capaz de descubrir tu presencia y las huellas del Reino, tan cercanas y cotidianas, y mirar la vida con tus ojos! ¡Cambia mi mirada para vivir la fiesta del encuentro, para sorprenderme cada día con tu caminar a mi lado, Tu que eres Señor, compañero y protector! ¡Cambia mi mirada, para descubrir a Tu Hijo Jesucristo, que vive en el que sufre, en el que tiene problemas económicos, en el que está enfermo, en el marginado por la sociedad, en el que no tiene esperanza, pero amado y preferido por Ti! ¡Cambia mi mirada para encontrar las semillas del Evangelio, que crecen en mi pobre y sencilla humanidad! ¡Padre de Amor y Misericordia, abre mis ojos y mis oídos, para encontrar la senda correcta! ¡Dame Espíritu Santo la mirada del Evangelio que transforma el mundo para convertirlo en sacramento, señal viva de tu presencia y eco fecundo de tu aliento! ¡Ayúdanos, Padre Dios, a buscarte en la vida, a encontrarte en la historia de cada persona que se cruza en mi camino, a localizarte en lo cotidiano, para servir a los demás, trabajar y hacer el mundo mejor y contribuir a construir con ello tu Reino de Gloria! Amén